6938

ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL MATRIMONIO DE CONCIENCIA.

Drama original, de costumbres,

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

SU AUTOR
D. JOSÉ MARÍA DIAZ.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡ El Rey ha muerto ! ¡Viva el Rey !
El tio Fidel.
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
La mujer debe seguir al marido.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Misterios de la calle del Gato.
¡ Presente, mi general !
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Un pollo que sufre mucho.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El talisman.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
¡ Españoles, á Marruecos !
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia
Las aves de paso.
La historia de una madre.
La princesita.
La fragata Belona.
La piedra de toque.
La teoria de la voluntad.
Loco de amor.
Los franceses en España.
La primera falta.
La flor trasplantada.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Martir siempre, nunca reo.
Matrimonios de conciencia.
Mi suegra y yo.
Pecados del siglo XIX.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Atala y Chactas, L. y M.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un estreno (monólogo), L.
Un ayo para el niño, M.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
Marina, M.
Llamada y tropa, M.
¡ Quien manda, manda ! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galeria, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

EL MATRIMONIO DE CONCIENCIA.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elmatrimoniodeco1427dazj

EL MATRIMONIO

DE CONCIENCIA.

Drama original, de costumbres,

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA,

SU AUTOR

D. JOSÉ MARÍA DIAZ.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

Á DOÑA

TEODORA LAMADRID,

LA BUENA ACTRIZ ESPAÑOLA.

José María Díaz.

PERSONAJES.	ACTORES.
HONORIA	D.ª TEODORA LAMADRID.
LA DUQUESA	ZAFRANÉ.
JULIA	SERRA.
GERVASIA	VALVERDE.
MARTA	COLL.
EL CONDE GERMAN (40 años).	D. JOAQUIN ARJONA.
FILIBERTO (16 años)	REIG.
JUAN DE SANTILLANA	OSSORIO.
SILVERIO	JURDAO.
EL BARON	MARISCAL.
BERNARDO	MARTINEZ.
MARTIN (sargento retirado — 70 años)	BENETTI.
UN CRIADO	DIEZ.
OTRO	VERA.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y liricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con lujo; caballete y un cuadro á medio pintar, que figura el retrato de Honoria.—Puertas laterales; puerta en el fondo: velador con una luz encendida.

ESCENA PRIMERA.

HONORIA, GERMAN; aquella sentada: éste, despues de encender un cigarro, se dirige al caballete con la paleta en una mano y el pincel en la otra.

GERMAN.

Más levantada la cabeza... la mirada altiva; no dice bien á tu fisonomía ese aire melancólico.

HONORIA.

Me siento fatigada.

GERMAN.

Lo dejaremos.

HONORIA.

No; continúa. Así como así, no tardarán tus amigos en venir á buscarte.

GERMAN.

Es verdad. ¡Un compromiso!... ¡El Duque se empeñó anoche!... ¡Gran propietario, y senador del reino por derecho propio, no era cosa de hacerle un desaire!... ¡Y luego... un almuerzo en su quinta de recreo!... ¡A dos leguas de aquí!...

609631

HONORIA.

¡German!... ¡German!...

GERMAN.

¿A qué vienen esas lágrimas? (Dejando el pincel y la paleta.) Te lo he dicho; ningun fundamento tienen tus sospechas.

HONORIA.

¿Ninguno?

GERMAN.

Sé quién es, porque todo el mundo lo sabe en Madrid; y la conozco, porque es hoy la reina de nuestros salones: pero, ni he puesto los piés en su casa, ni los pondré nunca.

HONORIA.

¿A qué entónces ocultar?... Yo me canso de esta vida de engaños y de misterios...

GERMAN.

Hay razones muy poderosas...

HONORIA.

¡Si ya troqué los lutos de la viudez, por la toca de las desposadas!...

GERMAN.

Silencio.

ESCENA II.

GERMAN, HONORIA, SILVERIO.

SILVERIO.

Soy el primero.

HONORIA.

No; el segundo.

SILVERIO.

El Conde German nos dijo ayer...

HONORIA.

Y dijo bien el Conde. Punto de reunion más á propósito...

GERMAN.

Gracias, Honoria...

SILVERIO.

¡Gran semejanza y brillante colorido! (Fijándose en el retrato.)

HONORIA.

¿Es usted inteligente?

SILVERIO.

He recorrido con frecuencia las galerías de Versalles; sé de memoria los lienzos del Vaticano, y no hay semana que no visite el Museo de Madrid.

GERMAN.

Ya eso es algo.

SILVERIO.

¿Quién ignora que Velazquez copiaba la naturaleza con maravillosa perfeccion? ¿A quién se le oculta que, es Rubens, único en la magia del colorido? ¿Cómo desconocer la incorreccion del Ticiano, jefe de la escuela veneciana? ¿Habrá quien ponga en duda, mi querido German, la suavidad y pureza de las tintas de Murillo?

HONORIA.

Segun usted se explica...

GERMAN.

Tan rápido exámen, y tan ajustado á razon, prueba que no es usted de los que hablan de oidas, ni fallan por costumbre.

SILVERIO.

Ya se ve que no; aprendí el dibujo con la Rosario Weis.

GERMAN.

¿Y la pintura?

SILVERIO.

Como no pasé de orejas, á causa de que las mias eran siempre más grandes que las del original...

HONORIA.

¿De veras?

SILVERIO.

Pues, sin embargo de ese ligerísimo percance en mi carrera de artista, son, tan de notoriedad pública, mi inteligencia y mi buen gusto, que el señor Ministro de Fomento!...

GERMAN.

¿Perteneció usted al Jurado ó tribunal de la última Exposicion?

SILVERIO.

Sí.

GERMAN.

No lo sabia.

SILVERIO.

Mi voto fué allí siempre contrario al voto de la mayoría.

GERMAN.

¡Bravo, Silverio!

HONORIA.

¡Tanta severidad!...

ESCENA III.

GERMAN, HONORIA, SILVERIO, BERNARDO, FILIBERTO.

FILIBERTO.

¡Nous voilà! Honoria... ¡Nous voilà!

HONORIA.

¿Tambien usted?

FILIBERTO.

¿Y por qué no?

GERMAN.

Filiberto brilla ya en la corte por el lujo de sus trenes y el número de sus caballos. Lancero incansable, galanteador consumado, y filósofo incisivo, á pesar de su corta edad, no es Filiberto de aquellos que olvidan en mal hora lecciones de la experiencia.

FILIBERTO.

Quien no aprende en la escuela de los desengaños, es un idiota; porque, en resumidas cuentas, German, la sociedad es un semillero de envidias, la virtud el monopolio de los hipócritas, la política un palenque abierto á la traicion, y el amor una ilusion que se desvanece. Así es que la humanidad sólo encuentra en este valle de lágrimas un sentimiento inalterable, la desconfianza; una dicha pasajera, el deleite.

BERNARDO.

¡Bien, Filiberto, bien!

FILIBERTO.

Un niño escéptico. (Ap.)

HONORIA.

¡Qué dolor! (Ap.)

FILIBERTO.

Por esta razon, con la alegría que da un profundo descreimiento, y sin que me importe tanta miseria humana, cruzo los mares de esta vida en el barco de mi voluntad.

BERNARDO.

¡Soberbia imágen!

GERMAN.

Sí; pero como las rentas disminuyan y se estrelle la barquilla...

BERNARDO.

¡No lo permita Dios!

GERMAN.

¡Un parásito! (Ap.)

HONORIA.

Da lástima que á diez y seis años... ¿Los ha cumplido usted?

SILVERIO.

Ayer. Lo sé por una dolorosa coincidencia. ¡Murió mi padre el dia mismo en que Filiberto nació! (Honoria y Filiberto hablan en voz baja.)

GERMAN.

¡El bueno de don Gervasio!... Honrado comerciante de la calle de Postas...

SILVERIO.

¡Banquero, señor Conde!

GERMAN.

En los últimos años de su vida.

SILVERIO.

Casi siempre.

GERMAN.

Un tonto. (Ap.)

HONORIA.

No, Filiberto, no; deténgase usted en camino tan peligroso, porque corre usted el riesgo de morir sin haber vivido.

FILIBERTO.

Usted es, Honoria, escepcion de la regla. Vive usted léjos de la sociedad. Seis años han trascurrido desde el dia en que murió el general Conde de Torralba, y ese tiempo hará que la que fué su esposa, modelo entónces, como ahora, de prudencia y de virtud, no luce en el regio coliseo sus aderezos de esmeraldas, ni cautiva en nuestras tertulias con su belleza y su donaire. Desde entónces acá, la sociedad ha sufrido una gran trasformacion. Vuelva usted á ella, y pensará usted como yo pienso.

HONORIA.

¿Y para qué? ¿Quién se acordará ya de mí? ¿Quién hará caso de la pobre viuda?

FILIBERTO.

Quien estime, como estimo yo, un pasado sin sombras y un presente tan claro como la luz de medio dia.

HONORIA.

¡Un pasado sin sombras! (Ap.)

FILIBERTO.

Las doce.

GERMAN.

Mucho se hace esperar el Baron.

FILIBERTO.

No vendrá.

HONORIA.

¿Por qué no?

FILIBERTO.

Como hoy se discute en el Congreso no sé qué voto de censura contra el Ministerio, y su padre es Ministro, y él es eso que llaman representante de la nacion...

GERMAN.

No importa. Héle aquí.

ESCENA IV.

HONORIA, GERMAN, EL BARON, FILIBERTO, SILVERIO, BERNARDO.

BARON.

Condesa... (Saludando.)

HONORIA.

Señor Baron...

BARON.

Silverio... German... Filiberto...

FILIBERTO.

Adios.

HONORIA.

Filiberto se impacientaba ya, y hasta puso en duda...

BARON.

La obligacion ántes que la devocion: justifica mi tardanza...

GERMAN.

¿Con que ha tomado usted por lo serio su nueva investidura?...

BARON.

Muy por lo serio... no. Es una cosa que me ha venido á las manos sin buscarla, y por lo mismo, no quiero que me censuren ni motejen de flojo y descuidado. Hoy he tenido comision... de gobierno interior; y se ha resuelto, á propuesta mia, que esté bien provisto de pan y de jamon, de vino y de bizco-

chos, el refectorio constitucional de nuestro palacio, y que se quite diariamente el polvo á los bustos del salon de conferencias.

GERMAN.

¡Hola!

SILVERIO.

¡Medida tan importante!... (Silverio examina el cuadro: el Baron saca del bolsillo y mete en su cartera las dos papeletas: Filiberto habla con Honoria: Bernardo oye con la boca abierta lo que dice Filiberto.)

BARON.

Tribuna de órden, para Clotilde y para Ernestina.

GERMAN.

¡Qué cuadro! ¿Por qué se habrá muerto Goya? Ya es tarde, y con el beneplácito de la Condesa voy á dejar en ese gabinete mi blusa de pintor...

ESCENA V.

HONORIA, SILVERIO, EL BARON, BERNARDO, FILIBERTO.

BARON.

¡Qué buen hombre es German!

FILIBERTO.

Tiene un defecto, sin embargo.

HONORIA.

¿Cuál?

BARON.

¿La pertinacia en sus principios democráticos?

FILIBERTO.

No es eso.

BERNARDO.

¿La ridícula austeridad de sus costumbres?

FILIBERTO.

Tampoco.

SILVERIO.

¿Su carácter reservado y frio?

FILIBERTO.

Ménos.

HONORIA.

Pues, ¿cuál?

FILIBERTO.

Su egoismo.

TODOS.

¿Su egoismo? (Honoria en tono reflexivo, el Baron riéndose, Silverio con asombro, Bernardo en tono afirmativo.)

FILIBERTO.

Sí; para el pueblo y por el pueblo; este es el lema de su escudo y esta la aplicacion que él hace de tan funesta doctrina: por German y para German. Prueba al canto. La gira campestre de hoy, á que asistirá radiante de hermosura...

HONORIA.

¿Quién?

ESCENA VI.

HONORIA, EL BARON, SILVERIO, FILIBERTO, BERNARDO, GERMAN.

GERMAN.

Señores: desapareció el artista, pero vuelve el Conde esclavo de su palabra: saldremos por el jardin. Honoria... (Saludando.)

BARON.

Como usted quiera.

FILIBERTO.

En todo su voluntad.

HONORIA.

Señores... (Saludan todos y se retiran por la puerta que habrá á la izquierda en segundo término.)

ESCENA VII.

HONORIA.

¡Si: será ella! ¡La Duquesa de Estibiel! ¡Esa mujer! ¡Honoria, Honoria! ¡Esa mujer vivió diez años en compañía de un anciano, sino contenta, virtuosa y resignada; llevó su nombre, y no manchó su nombre; le veló constante á la cabecera de su cama en las últimas horasde su vida; le cerró los ojos en el primer instante de la muerte; y estrelláronse en su fidelidad la murmuracion y la calumnia, porque la puerta de su hogar, abierta siempre, brindaba á la incansable curiosidad de los maldicientes el cuadro de la vestal, sirviendo de apoyo al octogenario sacerdote de aquel templo!... ¡Esa mujer, Honoria, vale más que tú!... ¿Más que yo?... ¡Sí, más que tú!.. ¡Es mi marido! ¡Le sacrifiqué mi tranquilidad y mi honra!... ¡Gervasia!...

ESCENA VIII.

HONORIA, GERVASIA.

HONORIA.

¿Qué hay?

GERVASIA.

Nada de bueno.

HONORIA.

Habla.

GERVASIA.

¡Si yo le dije, señora Condesa! ¡Y cuando me opuse á este matrimonio!...

HONORIA.

¡Gervasia!

GERVASIA.

Tiene V. E. razon.

HONORIA.

¿German?...

GERVASIA.

El señor Conde se retira de aquí á las once, y no entra en el Casino hasta las dos.

HONORIA.

Vamos...

GERVASIA.

Esas tres horas, segun me ha dicho su ayuda de cámara, genoves por cierto, y criado segun yo sé á la sopa de un convento, no las pasa el Conde German entregado á estudios filosóficos, ni á cálculos matemáticos, sino que...

HONORIA.

Prosigue...

GERVASIA.

Yo no quisiera, señora, que por informes de un viejo parlanchin y malicioso...

HONORIA.

Yo te lo mando.

GERVASIA.

Parece, pues, que el señor Conde ha dado en la manía de visitar todas las noches á la señora Duquesa de Estibiel...

HONORIA.

Adelante.

GERVASIA.

El ayuda de cámara me aseguró que el señor Conde bebe los vientos por ella; y que se proyecta un viaje...

HONORIA.

¿Qué dices?

GERVASIA.

Que se proyecta un viaje.

HONORIA.

¿Por el Conde German?

GERVASIA.

No, señora.

HONORIA.

¿Por la Duquesa de Estibiel?

GERVASIA.

Tampoco.

HONORIA.

¿Por quién?

GERVASIA.

Por los dos.

HONORIA.

¡Gervasia!

GERVASIA.

Yo soy así: la verdad desnuda, sin miriñaques que la desfiguren.

HONORIA.

¿Quién es?...

ESCENA IX.

HONORIA, GERVASIA, un CRIADO.

CRIADO.

Señora, un hombre de bastante edad y con el polvo todavía del camino...

HONORIA.

No recibo á nadie.

GERVASIA.

¿Te ha dicho cómo se llama?...

CRIADO.

No me atreví á preguntárselo...

GERVASIA.

¿Por qué?

CRIADO.

Como es tan viejo y se le saltaron las lágrimas al decir el nombre de la señora Condesa...

HONORIA.

Que entre. Déjame sola.

ESCENA X.

HONORIA.

¿Quién será?

ESCENA XI.

HONORIA, MARTIN.

HONORIA.

¡Martin!

MARTIN.

El mismo.

HONORIA.

¡Dame esa mano, buen Martin! ¿Qué quieres?

MARTIN.

Saber primero si puedo hablar con la ruda franqueza de un soldado; si me es permitido á mí tratar á la Condesa de Torralba, como en otro tiempo, si no tan rico y deslumbrador, más venturoso y apacible.

HONORIA.

¡Si supieras, Martin, cuánto he menester que se me trate con dulzura!

MARTIN.

Honoria.

HONORIA.

¡Honoria, Honoria! ¡Así me llamabas cuando me tenias sobre tus rodillas, cuando me llevabas de la mano por jardines y paseos, cuando mis labios se sonreian besando tus honradas cicatrices! ¡Honoria! ¡Así me has de llamar, Honoria!...

MARTIN.

¿Y si mis palabras van más allá de lo que tú te figuras, si ofendo á la Condesa viuda...

HONORIA.

¡Martin!

MARTIN.

A la Condesa viuda lo que escucharia con respeto la hija del buen capitan Robledo; si yo, fascinado por ese recuerdo de ayer, provoco una explicacion necesaria, porque de ella pende la felicidad de un sér abandonado inícuamente...

HONORIA.

Habla, Martin.

MARTIN.

¡Honoria!...

HONORIA.

Habla, Martin.

MARTIN.

Escucha, Honoria. Viviamos los dos, tu padre y yo, en el rincon de una provincia, y el sudor de nuestro trabajo y el haber de nuestro retiro nos daban lo suficiente para que creciera junto á nosotros, holgada y feliz, una niña que cautivaba á quien la veia por la travesura de su ingenio, por la modestia de su fisonomía, por la gracia encantadora de sus ojos. Aquella niña eras tú, y tú eras el encanto, la única felicidad de dos soldados viejos, el uno capitan y el otro sarjento, inutilizados ámbos en servicio de su patria.

HONORIA.

Prosigue.

MARTIN.

Un dia... ¿Te acuerdas, Honoria?... Acababas tú de cumplir diez y seis años. ¡Qué espectáculo aquel de tristeza y de luto!... ¡Eramos tres!... ¡No, éramos cuatro, metidos en un estrecho aposento!... Tu padre, cadáver ya; tú, que de rodillas y llorando le encomendabas á Dios; yo, que en silencio me estremecia de tu orfandad, y el pobre Leon, su perro, que plantó el hocico encima de su rostro, para calentar sin duda con el vapor de su resoplido aquel pedazo de tierra inerte. ¡Eramos cuatro! Por la tarde se le llevó al cementerio. Y como Robledo tenia el cuerpo acribillado de heridas, y de sarjento llegó á capitan y de allí no pasó, su cortejo fúnebre se redujo á cuatro ó seis inválidos como él, y á Leon, que, con la cabeza baja, iba el primero detras del féretro. ¡Un hoyo fué su sepultura! ¡Un hoyo sin lápida! ¡Eramos pobres, y el pobre no tiene derecho, siquiera haya prestado servicios á su pais, á esa manifestacion postrera de la vanidad humana! Rezadas allí las últimas oraciones de la Iglesia, la impaciencia de mi cariño me llevó corriendo á tu lado, y hasta la mañana siguiente no eché de ménos á Leon. A ruegos tuyos recorrí en su busca las calles de la ciudad. ¿En dónde le encontré? En el cementerio; muerto sobre la fosa de tu padre...

HONORIA.

No sé, Martin, á qué viene ese recuerdo tan hondamente doloroso...

MARTIN.

A poco tiempo nos dió en su casa abrigo el conde de Torralba, quien, prendado de tu hermosura y de tu discrecion, te confió el tesoro de su honra. Era el Conde viejo, y aunque de áspera condicion, tan hospitalario, que nunca cerró sus puertas al pobre ni al proscrito.

HONORIA.

¡Martin!

MARTIN.

El Conde German llamó á las de su palacio y se le abrieron de par en par. Eras tú madre ya. ¿Te acuerdas?

HONORIA.

Sí. (Con tono sombrío.)

MARTIN.

¿De qué manera pagó el proscrito la hospitalidad que se le dió? ¿Cómo agradeció la huérfana aquella diadema condal que colocó sobre su frente el cariño del anciano? (Momentos de silencio.) Al cabo de ocho años de astucia y de misterios, la muerte vino á desatar nudos que habia consagrado la bendicion de un sacerdote. Vivió todo ese tiempo el Conde ignorante de su agravio, y murió bendiciendo á la hija y á la madre. Hízose su entierro con pompa casi régia, y confundido entre los que rodeaban el cadáver del soldado valiente, del magnate hospitalario, del anciano caritativo, iba tambien el Conde German, impía mofa con que la perversidad y la hipocresía, escarnecieron á un hombre honrado en el momento más solemne de la vida.

HONORIA.

Todo eso es verdad, Martin; pero tambien lo es que el remordimiento no me deja sosegar; que en vano he querido por medio de un nuevo enlace...

MARTIN.

Honoria, un matrimonio así, no puede ser, no será nunca redencion, sino castigo.

HONORIA.

¡Nunca!

MARTIN.

Muerto el Conde, fué mi primer impulso dejar tu casa, sin decirte adios siquiera; pero al cruzar las alamedas del jardin, se vino á mí tu hija, y me abrazó las rodillas, y me agarró de las manos, y como tú en otro tiempo, besó mis honradas cicatrices. Desde aquel instante juré á Dios velar por ella, no abandonándola nunca, servirla de escudo si algun dia... ¡Y ese dia llegó! Horas ántes de trocar la Condesa de Torralba los negros crespones de la viudez por las alegres tocas nupciales, encerraron á la pobre niña en un convento, léjos del pueblo en que habia nacido, sin hacer caso de la pena que la afligia, del acerbo llanto que lloraba...

HONORIA.

Más bajo, Martin, más bajo...

MARTIN.

Yo me acordé entónces de Leon, del perro que se murió sobre el cadáver de su amo, y me fuí detras de ella, y durante seis años no he dejado un solo dia de hablarla, y la he visto crecer, y es hermosa como un cielo...

HONORIA.

¿Muy hermosa, Martin?

MARTIN.

Y antes de ayer me habló con amarga ironía de Dios y de la Vírgen, y de su madre con lágrimas en los ojos, y de mí con ternura y cariño, y burlando la vigilancia de la superiora, me entregó esta carta... (Honoria le arrebata la carta, la abre y lee.)

HONORIA.

«Madre mia.» (Aparece Gervasia.) ¿Quién? (Con ira.)

ESCENA XII.

HONORIA, MARTIN, GERVASIA.

GERVASIA.

Un caballero jóven... (Entregándole una tarjeta.)

HONORIA.

No le conozco; le recibiré esta noche... fuera de aquí.

ESCENA XIII.

HONORIA, MARTIN.

HONORIA. (Leyendo.)

«Madre mia: No acudo á tí para que me perdones; acudo á »tí para que rompas los hierros de mi esclavitud. Yo no quiero »ser religiosa: me espanta lo enorme del sacrificio. La voca- »cion es la voluntad, y yo no la tengo, madre mia. Yo bien »quisiera, obediente á tus preceptos... ¡pero me es imposible! »Envidio esa vida apacible y santa de la vírgen y de la esposa, »consagrada al retiro y á la oracion... pero ¿qué seria de mí, »dentro de un monasterio, con la imaginacion extraviada y el »corazon herido? No, madre mia, no; yo no puedo, yo no debo, »yo no quiero ser religiosa; porque serán sacrílegos los votos »que pronuncie. Sácame de aquí. Acuérdate de que me has te- »nido en tus entrañas, de que eres mi madre... Ven, madre »mia, ven madre mia...» ¡Hija de mi alma!

ESCENA XIV.

HONORIA, MARTIN, GERMAN, por la puerra del jardin.

(German se dirige á donde está Honoria; le quita la carta de la mano; la lee rápidamente, y la rompe.)

HONORIA.

¡German!

(German fija en Honoria una mirada fria y penetrante: saca un cigarro de la petaca, le enciende y se sienta con aire un tanto satisfecho y sonriéndose.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado con lujo: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, GERMAN, HONORIA, preparando el café, EL BARON leyendo «La Correspondencia».

HONORIA.

Confiese usted, German, que no se nos hace justicia en el extranjero.

GERMAN.

Lo confieso.

HONORIA.

Que hay páginas brillantísimas en la historia de nuestro pais.

GERMAN.

¡Quién lo duda!

HONORIA.

Nuestro clima...

GERMAN.

Excelente.

BARON.

La Correspondencia. Veamos.

HONORIA.

Nuestro carácter...

GERMAN.

Altivo, y generoso.

HONORIA.

¿Lo dice usted por la hospitalidad que hoy les he dado? (Honoria da una taza de café al Baron.)

BARON.

Gracias, Condesa.

GERMAN.

No pudo efectuarse la gira campestre, y usted, bondadosa como siempre...

HONORIA.

Todo aquí es verdad.

BARON. (Leyendo.)

Hay Gobierno, y habrá Gobierno.

GERMAN.

Gracias, Honoria... (Honoria le da una taza de café.)

BARON.

Buen café.

GERMAN.

¿Y usted, condesa?

HONORIA.

Luégo; más tarde.

BARON.

¡Hola! ¡Magnífico! ¡Gracias á Dios!

HONORIA.

¿Qué es ello?

BARON.

Una noticia de la mayor importancia...

GERMAN.

¿La disolucion de la Cámara?

HONORIA.

¿Le han nombrado á usted embajador?

BARON.

Mejor que todo eso. Ciniselli ha contratado para la temporada próxima al inolvidable Leotard.

HONORIA.

¡Ah!

GERMAN.

Ya se va haciendo sentir la influencia de algunos diputados.

BARON.

Siempre sarcástico y punzante.

ESCENA II.

FILIBERTO, BERNARDO, GERMAN, HONORIA, EL BARON.

HONORIA.

¡Gracias á Dios!

FILIBERTO.

El pícaro vicio del cigarro...

HONORIA.

Estará frio. (Dándole una taza. Le da otra á Bernardo.)

FILIBERTO.

No importa.

BERNARDO.

No importa.

HONORIA.

¿Qué no importa?

BERNARDO.

Que esté frio.

HONORIA.

¡Ya!

FILIBERTO.

Acabo de sostener un altercado con Silverio...

BERNARDO.

Le has dicho verdades como puños.

HONORIA.

¿De veras? (Filiberto va de un lado á otro con su taza de café en la mano; Bernardo siempre detras.)

GERMAN.

¿Y qué hace allá dentro solo?

FILIBERTO.

Que sé yo.

HONORIA.

¿Y qué motivo?...

FILIBERTO.

Una tontería.

BERNARDO.

¡Pues! Una simpleza...

FILIBERTO.

El haberme dicho que iba á ser nombrado representante de la nacion; á lo que yo le respondí: «nombrado podrá ser, pero elegido no». Y sin más que esto, se me puso por las nubes, á mí se me subió la sangre á la cabeza, y le he probado, como tres y dos son cinco, que él no servia para eso.

GERMAN.

Si sirvieran para algo muchos de los que lo son... (Atraviesa un criado la escena y pone sobre la mesa un número de «La Epoca».)

FILIBERTO.

No porque yo dé importancia, ni tenga fe en el mecanismo parlamentario... ¿Yo? ¡Dios me libre de organizaciones que se conservan á fuerza de equilibrios!...

BARON.

La Epoca... El Duque será de oposicion al ministerio, porque el ministerio no hace nada. ¿Y qué hizo el Duque cuando fué ministro?

ESCENA III.

GERMAN, FILIBERTO, BERNARDO, HONORIA, EL BARON, SILVERIO.

HONORIA.

Café. (Sirviéndole una taza de café á Silverio.)

SILVERIO.

¡Honoria!

HONORIA.

¿Con que Filiberto?... (A Silverio.)

SILVERIO.

Es un impertinente; un niño mal educado.

GERMAN. (Ap.)

He desvanecido sus recelos. En cuanto Julia se haga religiosa, haré yo público mi casamiento. Dueño entónces de su inmenso patrimonio...

FILIBERTO.

Condesa...

HONORIA.

¿Qué, Filiberto?

FILIBERTO.

¿No le parece á usted que anda German estos dias un tanto receloso?

HONORIA.

¿Sí?

FILIBERTO.

Sí.

GERMAN. (Ap.)

¡Qué gracia de niño!

FILIBERTO.

Se confirman mis sospechas. (A Bernardo.)

GERMAN.

Yo haré que se vaya. Las nueve. (Sacando el reloj y viendo la hora.)

FILIBERTO.

¿Las nueve? ¡Y yo aquí todavía, cantando la Patti esta noche!... (Buscando el sombrero.)

BERNARDO.

¡Cantando la Patti! (Lo mismo.)

FILIBERTO.

Usted me disimulará, Condesa, pero...

HONORIA.

¿Tambien usted, Silverio?...

SILVERIO.

¿Qué se diria mañana de mí?

FILIBERTO.

¿Y mi baston? (Buscándolo.)

GERMAN.

¿Dónde estará mi sombrero? (Lo mismo.)

HONORIA.

¿Tambien usted, German?

GERMAN.

¡Mi coche! (Tira de la campanilla y aparece un lacayo.)

FILIBERTO.

¡Mi coche!

BERNARDO.

El coche de...

GERMAN.

Volveré al instante. (En voz baja á Honoria.)

FILIBERTO.

Algo le ha dicho. (A Bernardo.)

BERNARDO.

Sí, algo le ha dicho.

HONORIA.

¡Qué revolucion!

BARON. (Leyendo.)

¡La organizacion del partido progresista!! (Deja el periódico.) No le servirá para maldita de Dios la cosa. (Busca su sombrero.)

HONORIA.

¿Tambien usted se va al teatro? (Al Baron.)

BARON.

No, yo al Congreso.

UNOS.

Condesa... (Saludando.)

OTROS.

Honoria... (Lo mismo.)

HONORIA.

Señores...

ESCENA IV.

HONORIA.

¿Será verdad?... Sí, sí; no es la primera vez que un criado malicioso... ¿Y mi pobre hija?... German tiene razon... ¡Lo que me ha dicho!... Con el tiempo sabria Julia, lo que es preciso que ignore eternamente. ¡Así pudiera olvidarlo yo!

ESCENA V.

GERVASIA, HONORIA.

HONORIA.

¿Qué quieres?

GERVASIA.

El señor Martin...

HONORIA.

¡Martin! Dile que entre.

ESCENA VI.

HONORIA, MARTIN.

MARTIN.

Vengo, Honoria!... como sale el tren á las seis de la mañana...

HONORIA.

¿Tan pronto?

MARTIN.

Pues para mi impaciencia es tarde; porque yo hubiera querido marcharme esta misma noche.

HONORIA.

¡Martin!...

MARTIN.

Vamos, habla.

HONORIA.

Lo que voy á decirte... ¡Bien sabe Dios! (Pausa.)

MARTIN.

¡Que no te lo toma en cuenta, Honoria!

HONORIA.

Lo que Julia quiere... es imposible..

MARTIN.

¡Imposible!

HONORIA.

Sí.

MARTIN.

La pobre niña dice en su carta que no tiene vocacion de religiosa.

HONORIA.

¿Y qué?

MARTIN.

¿Cómo y qué? ¡Te voy á recordar, Honoria, lo que sin duda has olvidado: que eres tú su madre!

HONORIA.

Ya lo sé, y justamente por eso...

MARTIN.

¡Si estaré soñando!

HONORIA.

Secretos hay, que una hija debe ignorar siempre.

MARTIN.

Es verdad: pero lo es tambien que una hija debe encontrar abierto siempre el corazon de su madre.

HONORIA.

¡Martin!...

MARTIN.

¡Levanta la cabeza, Honoria; mírame frente á frente, que las mias te recordarán las honradas cicatrices de tu padre!...

HONORIA.

No puedo, Martin.

MARTIN.

Ya lo sabia.

HONORIA.

Yo te juro...

MARTIN.

¡Por última vez, Honoria! ¿Cuál es tu voluntad?

HONORIA.

La de que Julia profese en el convento de la Madre de Dios.

MARTIN.

Está bien. ¡Nunca lo hubiera creido! ¡Pero!... ¡Está bien! ¡Ah! (Martin se tira de las manos como si quisiera arrancárselas.)

HONORIA.

¿Qué haces?

MARTIN.

¡Ver si puedo arrancarme estas manos que te sirvieron de apoyo en la niñez!

HONORIA. (Ap.)

¡Dios mio! ¡Dios mio!

MARTIN.

¡Se lo diré! Le diré que su madre se lo manda...

HONORIA.

¡Que su madre se lo ruega!...

MARTIN.

Que su madre se lo manda.

HONORIA.

Bien.

MARTIN.

¿Nada más?

HONORIA.

Nada más. Yo la escribiré...

MARTIN.

¡Ni una palabra de consuelo! ¡Ni la esperanza siquiera!...

HONORIA.

Mi resolucion es irrevocable.

MARTIN.

¿Por qué? ¿Por quién?

HONORIA.

¡Martin!

MARTIN.

¡Condesa viuda de Torralba!

HONORIA.

El amigo de mi padre puede, cuantas veces quiera... (Despidiéndole.)

MARTIN.

Gracias, Honoria. Saldré de Madrid mañana... y desde la estacion iré al monasterio en derechura, y veré á Julia... y la diré... ¡Angel mio! Llorará, y yo no podré enjugar sus lágrimas, porque me lo impedirán las rejas del locutorio. ¡Profesará al fin! ¡Pero ese dia!... En ese dia, á falta de madre, tendrá un perro en mí. ¡Me sucederá lo que á Leon; me encontrarán muerto á la puerta del convento! Adios, Honoria, adios.

ESCENA VII.

HONORIA.

¡Ay! ¡Ay! ¡Perdóname, hija mia!

ESCENA VIII.

GERMAN, HONORIA, aquel por la puerta que da al jardin.

GERMAN.

¿Por qué lloras?

HONORIA.

Acabo de hacer por tí el mayor de los sacrificios.

GERMAN.

¿Cuál, Honoria?

HONORIA.

¡Ya le he dicho á Martin!... Pero no olvides, German, ninguna de las condiciones de mi carácter. Altiva, violenta, arrebatada en mis resoluciones, nada respetaré, si llega un dia funesto para los dos!...

GERMAN.

¡Honoria mia!...

HONORIA.

¡German! ¡German!

GERMAN.

Julia será dichosa. Entra por mucho la costumbre en la felicidad terrestre.

HONORIA.

¿De veras?

GERMAN.

Sí; vívese en el monasterio una vida sosegada. Julia no sabe lo que es el mundo; ninguna importancia puede tener á sus ojos esta sociedad impertinente y veleidosa. Por clara que sea su razon, ¿crees tú que habrá adivinado la agitacion constante, la sed insaciable de riquezas, este revuelto y confuso laberinto, en que se agita el género humano á impulsos de la ambicion, del egoismo, del influjo maligno de la hipocresía? Para Julia, Honoria, su convento es el mundo y su celda un palacio; admirará la naturaleza en las flores de su jardin y en las frutas de su huerto, y soñando dia y noche con las venturas del Paraiso, verá trascurrir las horas apacible y tranquila, sin una pena que la aflija, sin un desengaño que la moleste, sin un remordimiento que la mortifique.

HONORIA.

Sin embargo, German; Julia contaba ya diez años cuando se la llevaron al convento. A esa edad, la memoria en los niños!... Y yo recuerdo que Julia...

GERMAN.

¡Cavilosidades tuyas! A esa edad se juega, no se reflexiona; son las muñecas y los llorones el entretenimiento de la vida. Cuando no se ha respirado la atmósfera de este siglo materialista, el corazon está sano y la imaginacion está vírgen; no se echa de ménos el lujo que deslumbra, ni el sentimiento que arrebata; la mujer se convierte en sacerdotisa y adora sólo á Dios, aunque no le oye, porque le ve en la inmensidad de su creacion!

HONORIA.

Cuidado, German, no nos equivoquemos. Hay en la inteligencia y en el corazon un instinto secreto, que nos indica lo

que es malo, que nos advierte lo que es bueno, que nos enseña lo que es grande. Las pasiones brotan de la juventud como del fuego la llama, y una voz misteriosa á lo mejor nos grita que amemos, y amamos; que aborrezcamos, y aborrecemos.

GERMAN.

¡Por Dios, Honoria! El amor y el odio son hijos del trato. ¿A quién ha de amar, á quién ha de aborrecer esa niña?

HONORIA.

¡Pobre mártir!

GERMAN.

¡Mártir, mártir! Tú sí que lo serias, si por una condescencia indisculpable dejara Julia el convento.

HONORIA.

¿Yo, German?

GERMAN.

Tú: te lo dije esta tarde, y al parecer te dejaron convencida mis palabras... Vuelves de nuevo ahora... Escucha. Ha sido nuestro matrimonio un matrimonio de conciencia; tú creiste por este medio sofocar el grito de la tuya, y yo, aconsejándote que estuviera oculto, me propuse desvanecer hasta las sospechas de un amor, que fué, en vida del Conde, tu desesperacion y tu martirio. A esta precaucion debes, Honoria, el prestigio que te enaltece; á no ser por ella seria tu nombre el ludibrio de las gentes honradas.

HONORIA.

¡Pobre hija mia!

GERMAN.

Honoria, lo que vas á oir te hará mucho daño en el corazon, pero es el fruto de mis observaciones en el estudio de la humanidad. Tu hija no puede amarte...

HONORIA.

¡German!

GERMAN.

Tu hija no puede amarte con esa fe que ciega, con ese cariño profundo que convierte á una madre en divinidad de la tierra. Los pobres tienen el privilegio de esa ternura; los ricos y los poderosos, no. Viven los primeros pegados á sus hijos,

como la vid al olmo, como á la concha la perla; los lavan y los visten, los acompañan en sus juegos, los cuidan en sus dolencias, enjugan sus lágrimas inocentes con el calor de su boca, entreabierta siempre por la esperanza y la alegría; los segundos se desentienden de lo que ellos llaman penalidades del matrimonio, y renuncian, á favor de la nodriza y la niñera, ese lazo secreto y misterioso que liga, por medio de un sentimiento recíproco, la vida que empieza con la vida que acaba.

HONORIA.

¡Cuánta verdad encierran tus palabras!

GERMAN.

Julia se encuentra en este caso: desde el seno de la madre la llevaron á su cuna. No sorprendiste tú en sus labios la primera de sus risas; no escuchaste tú tampoco la primera palabra que balbució su boca. Hija de un conde, tan noble de orígen como rico de hacienda, crióse Julia con tal exceso de grandeza, con rigidez tan aristocrática, que hasta hora se le marcó para penetrar en la habitacion de sus padres?

HONORIA.

¡Ay! ¡Me aborrecerá!

GERMAN.

¿Aborrecerte? Tanto como eso no; pero más que cariño, te profesará respeto y veneracion. Y tú misma... penetra en el fondo de tu pecho y dime si Julia es hoy para tí lo que era hace seis años...

HONORIA.

¡German!

GERMAN.

Honoria, la ausencia es hielo que seca las fuentes del sentimiento. Ya sé yo que quieres á Julia, como una buena madre, porque la mujer recuerda en todo tiempo con ternura la más santa de sus alegrías; pero ten presente que la memoria engendra siempre la sospecha y la malicia.

HONORIA.

No te comprendo.

GERMAN.

¿Qué seria de tí, si la indiscrecion de un criado y la ruindad de un envidioso, si el amor que no puede estar oculto!... ¡Ca-

sada con un hombre á quien tu hija aborreciera, de quien tu hija sospechara!... ¡Oh! ¡Ni cariño, ni sosiego! ¡La ironía y la desconfianza! ¡Convertido el hogar en un semillero de enredos y de calumnias! ¡Una hija no perdona nunca los extravíos de su madre!

HONORIA.

¡No!

GERMAN.

No; y luégo, Honoria, es tiempo ya de que recobres tu puesto en la sociedad; harto has vivido en el apartamiento y el luto. Tienes treinta y cinco años...

HONORIA.

Treinta y cuatro.

GERMAN.

Tanto más en mi abono. ¿Qué fué la primavera de tu juventud? Un sacrificio largo y doloroso. Para ser dichosa, hubiste de apelar al fingimiento y á la astucia, y lo fuiste á costa de penalidades y de sustos.

HONORIA.

¡Y de remordimientos!

GERMAN.

Por el contrario mañana: jóven aun, hermosa como siempre, interesante como nunca, saludará la moda con alegría tu inesperada resurreccion. Haremos un viaje á Inglaterra, visitaremos la Alemania, fijaremos nuestra residencia en Nápoles, en Turin, en Viena, en la ciudad de los Pontífices, donde tú quieras. Allí nada nos recordará nuestro pasado, nadie nos acusará con sus miradas. Y cuando las arrugas de nuestra frente, y la nieve de nuestra cabeza nos sirvan de escudo contra la mordacidad y la envidia, volveremos á España. Cierto es que tropezarás en ese camino, más de una vez, con la injusticia; pero en cambio, Honoria, ¿quién se atreverá á luchar contigo en el terreno de la discrecion?

HONORIA.

¿Y la Duquesa de Estibiel?

GERMAN.

¡La Duquesa! Ni he puesto los piés en su casa, ni los pondré nunca. Ruinas de un palacio, siempre son ruinas. Pobre de in-

genio, fria de razon y seca de alma, la Duquesa de Estibiel, es una mujer excéntrica, sin la fe que anima, sin la esperanza que alienta, sin este puro y delicado sentimiento del amor, que todo lo engalana y hermosea.

HONORIA.

¡German! ¿Me engañas, German?

GERMAN.

¡Engañarte yo! ¿Por qué? ¿Para qué? ¿No eres ya mia?

HONORIA.

¡Tuya, sí, tuya!

GERMAN.

Irás al monasterio; iré yo contigo. Honoria se encontrará por fin al lado de su hija.

HONORIA.

Sí, sí; quiero verla.

GERMAN.

Presenciaré yo desde el fondo de la iglesia tan augusta ceremonia; y desde allí saludaré con respeto y veneracion la modestia virginal de la hija, la dolorosa majestad de la madre! ¿Qué más se puede exigir de tí? ¡Devuelves á Dios lo que debiste á Dios en su infinita misericordia! ¡Honoria mia! (Enjugándose los ojos.)

HONORIA.

¡German, esas lágrimas!...

GERMAN.

De cariño, de agradecimiento...

HONORIA.

Siéntate aquí á mi lado...

GERMAN.

No más giras campestres...

HONORIA.

Bien.

GERMAN.

Mi Honoria y mis pinceles...

HONORIA.

Sí.

GERMAN.

Y en cuanto profese Julia, ántes no, nuestro viaje al extranjero, y la Condesa de Torralba será públicamente la esposa del Conde German Strozzi. (German saca el reloj y ve la hora.)

HONORIA.

¿Me dejas ya?

GERMAN.

No.

HONORIA.

Entónces... ¿á qué?...

GERMAN.

Costumbre.

HONORIA.

¿Las diez?...

GERMAN.

Sí, las diez.

ESCENA IX.

HONORIA, GERMAN, GERVASIA.

GERVASIA.

El jóven de esta mañana.

HONORIA.

¡Qué fastidio!

GERVASIA.

Le diré...

HONORIA.

Que una indisposicion repentina... ¿No te parece bien?

GERMAN.

No.

HONORIA.

¿No?

GERMAN.

Muestra tal empeño en verte, que... (Se levanta y toma su sombrero.)

HONORIA.

¡German! (Levantándose.)

GERMAN.

Voy á dar una vuelta por el Casino... Media hora.

HONORIA.

¡Tan pronto!...

GERMAN.

¿Celosa todavía?

HONORIA.

No.

GERMAN.

¿Mi coche está abajo?

GERVASIA.

Sí, señor.

GERMAN.

Recibe al forastero y que no sea larga la visita. ¿Cómo se llama?

HONORIA.

No lo recuerdo, ni sé tampoco á dónde puse la tarjeta.

GERMAN.

Adios... Saldré por la puerta del jardin.

GERVASIA.

Diré al lacayo que está en la antesala...

GERMAN.

No: voy á pié.

HONORIA.

Volverás pronto, ¿sí?

GERMAN.

¡Honoria mia! (Besándole la mano.)

HONORIA.

Que entre.

ESCENA X.

HONORIA.

¡Me siento más tranquila, más alegre! ¡Si me engañara, no se lo perdonaria jamas!

ESCENA XI.

HONORIA, SANTILLANA, GERVASIA.

SANTILLANA.

Condesa...

HONORIA.

Caballero...

SANTILLANA.

Don Juan de Santillana, capitan de navío.

HONORIA.

Déjanos.

ESCENA XII.

HONORIA, SANTILLANA.

SANTILLANA.

Usted extrañará sin duda... que me presente aquí sin recomendacion que me abone...

HONORIA.

De tal índole puede ser el objeto de la entrevista que lo disculpe.

SANTILLANA.

Y así es, Condesa.

HONORIA.

Hable usted.

SANTILLANA.

He dicho mi nombre, y mi grado de capitan de navío es una prueba de que habré servido á mi patria con inteligencia y lealtad.

HONORIA.

Adelante. (Con desden.)

SANTILLANA.

Mi familia es de las más nobles de Galicia, y mis rentas me dan lo suficiente para vivir con independencia y desahogo. He recorrido la Europa, presenciado catástrofes increibles, repúblicas y monarquías, hundidas aquellas en el abismo de la dic-

tadura, amarradas las otras al carro de la conquista; he luchado con la tempestad en los mares; he visto muy de cerca la muerte en el naufragio; he sentido en el corazon la hiel de los desengaños; soy en fin, Condesa, un hombre de sana razon y de sentimientos honrados, convencido de que la felicidad sólo existe en el sosiego del hogar y en el cariño de la mujer.

HONORIA.

Adelante. (Con interes.)

SANTILLANA.

Así es que me retiré del servicio un año hace, y un año tambien hará que fijé mi residencia en Albacete.

HONORIA.

¿En Albacete?

SANTILLANA.

Tengo una hermosa hacienda á dos leguas de ese pueblo, y una hermana monja profesa en el convento de la Madre de Dios.

HONORIA.

¿Qué irá á decirme?

SANTILLANA.

En ese convento vive tambien Julia, modesta jóven de corazon sano, hija de usted, segun allí me dijeron, y la misma que pido á usted en matrimonio.

HONORIA.

Señor de Santillana...

SANTILLANA.

No me sorprende la extrañeza: pero, señora, yo soy así, franco y leal.

HONORIA.

Y sabe usted si Julia...

SANTILLANA.

Yo la amo con locura y ella me quiere con delirio.

HONORIA.

¿Y está usted seguro de eso, señor de Santillana?

SANTILLANA.

Como seguro estoy de que es usted su madre y de que ella prefiere á la toca monjil el velo de la desposada.

HONORIA.

Julia es muy niña.

SANTILLANA.

Cumplió diez y seis años el dia de la Virgen.

HONORIA.

Acaso usted ignora que Julia debe profesar en este primer domingo.

SANTILLANA.

Contra su voluntad, Condesa.

HONORIA.

Hay razones de familia...

SANTILLANA.

Ninguna puede justificar tan violenta resolucion. Julia es hija legítima del conde de Torralba y única heredera de sus bienes.

HONORIA.

¡Ah! Unica heredera de sus bienes...

SANTILLANA.

Ni los necesito, ni los quiero.

HONORIA. (Ap.)

¿Será loco este hombre?

SANTILLANA.

¿Qué me responde usted, Condesa?

HONORIA.

Temo yo que mis palabras...

SANTILLANA.

Hable usted.

HONORIA.

Cuando no se conoce á una persona...

SANTILLANA.

Tengo de sobra en la corte quien de mí responda. El Baron de Covarrubias, Silverio Peñarroya, la Duquesa de Estibiel y el Conde German Strozzi.

HONORIA.

¿El conde... German Strozzi? (Con interes.)

SANTILLANA.

¿Le conoce usted?

HONORIA.

Oigo hablar mucho del Conde. (Dominándose.)

SANTILLANA.

Y con razon sobrada, porque es hombre de ingenio, aunque de alma fria y de carácter reservado.

HONORIA.

¿Es usted amigo suyo?

SANTILLANA.

Amigo precisamente, no. Viajamos juntos durante un año, y le estimo en lo que vale.

HONORIA.

¿Y vale mucho?

SANTILLANA.

No lo sé.

HONORIA.

En Madrid el Conde...

SANTILLANA.

Historia antigua, Condesa. En Madrid el Conde llama la atencion por su lujo y sus aventuras, y por el repentino y misterioso orígen de sus riquezas.

HONORIA.

Sí, sí... parece que sus amores con... con la Duquesa de Estibiel.

SANTILLANA.

Precisamente; pero dejemos al Conde y dígame usted si Julia...

HONORIA.

¿Julia?... Es verdad... Me dijo usted que Julia...

SANTILLANA.

Por segunda vez le pido á usted su mano.

HONORIA.

El Conde German Strozzi...

SANTILLANA.

Le veré dentro de una hora en casa de la Duquesa, y haré, si usted me lo permite, que venga esta noche aquí conmigo.

HONORIA.

No estará el Conde á tales horas en casa de la Duquesa.

SANTILLANA.

¿Cómo no? Esta noche da una fiesta, segun me ha dicho Silverio, y al banquete asistirá el Conde German.

HONORIA.

Y si no consiente la Duquesa?...

SANTILLANA.

Consentirá; pero advierto á usted que no saldré de aquí esta noche sin que me haya dicho usted que sí, ó respondido que no.

HONORIA.

Mucho exigir es, señor de Santillana.

SANTILLANA.

El caso es urgente.

HONORIA.

No tanto... la ira me ahoga. (Aparte.)

SANTILLANA.

Para mí sí...

HONORIA.

Para mi no. Cuando venga usted, si viene, con el Conde German y el Conde German me diga...

SANTILLANA.

No me explico, señora, la indiferencia con que usted recibe...

HONORIA.

No es indiferencia; pero ha llegado usted en un momento en que... no sé... mis nervios... (Levantándose.)

SANTILLANA.

Señora, la experiencia me ha hecho conocer la muda y significativa elocuencia de los nervios. (Levantándose.)

HONORIA.

No ha sido mi ánimo...

SANTILLANA.

Gracias, Condesa.

HONORIA.

Caballero...

SANTILLANA.

Ruego á usted, sin embargo, que no olvide nunca mi buen proceder en esta ocasion. Pidiendo á usted la mano de Julia, he cumplido una obligacion sagrada. Negándomela usted... (Movimiento en Honoria.) negándomela, comete usted una accion culpable á mis ojos, no sé si tambien á los de Dios. Esta noche veré al Conde; el Conde vendrá conmigo, y si despues de oirle y de saber que don Juan de Santillana no es indigno de la hija del Conde de Torralba, insiste usted en su negativa y prefiere usted que Julia pronuncie votos sacrílegos á juramentos expontáneos, libre yo entónces, haré de mi voluntad y de la suya lo que nadie calificará de atrevido y escandaloso.

HONORIA.

Prudencia, Santillana; la verdad es yo no me siento ahora (Temblor convulsivo.) con fuerzas para tratar de un asunto que... cuando venga el Conde German Strozzi... y me diga... Segun cuentan, el Conde es franco y leal... y hombre que no engaña á nadie... Esa opinion tiene por lo ménos... ¡Y como él me asegure!... Ya ve usted que no le he mentido... Esta agitacion convulsiva... la crispacion de mis nervios... tengo frio... no estoy buena... más tarde...

SANTILLANA.

Hasta despues, Condesa.

HONORIA.

Adios, Santillana.

ESCENA XIII.

HONORIA.

¡No más intranquilidad! ¡No más incertidumbres! ¡No más dudas! ¡Gervasia! ¡Gervasia!

ESCENA ÚLTIMA.

HONORIA, GERVASIA.

GERVASIA.

Señora.

HONORIA.

Un carruaje.

GERVASIA.

Abajo está el del señor Conde.

HONORIA.

Un sombrero y un abrigo.

GERVASIA.

¿Va su excelencia á salir?

HONORIA.

Pronto.

GERVASIA.

Voy corriendo. (Entra en la habitacion de Honoria, y á su tiempo sale con el sombrero y el abrigo.)

HONORIA.

¡Ingrato! ¡Ingrato! ¿Qué he hecho yo para que me trate así, para que me engañe de ese modo? ¡Ah! ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Haberme deshonrado por él!

GERVASIA.

Aquí está todo.

HONORIA.

Venga. (Se lo pone.) La veré, la veré... ¿Y si me niegan la entrada? La veré tambien.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete: columnas en el fondo: grandes cortinajes de seda entre columna y columna; puertas laterales: es de noche; profusion de luces.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, MARTA: aquella mirándose al espejo; ésta ayudándola en su toilette.

DUQUESA.

Esta flor; nada más que esta flor.

MARTA.

¿Cerraré entónces la caja de las joyas?

DUQUESA.

Sí. ¿Te gusta el traje, Marta?

MARTA.

Es lindísimo.

DUQUESA.

Comprado y hecho en Paris.

ESCENA II.

LA DUQUESA, MARTA, UN CRIADO.

CRIADO.

El señor Conde German.

DUQUESA.

Vete, Marta.

ESCENA III.

DUQUESA, GERMAN.

GERMAN.

¡Encantadora! (Besándole la mano.)

DUQUESA.

¡Mentiroso! ¡Tarde ha venido usted, señor Conde!

GERMAN.

No por culpa mia.

DUQUESA.

¿Pues de quién?

GERMAN.

De un impertinente, que me ha tenído hora y media hablándome de no sé qué escándalo en el Congreso, como si fueran cosa nunca vista en los anales parlamentarios sucesos de esa especie.

DUQUESA.

¿Con que... un escándalo... en el Congreso?

GERMAN.

Sí.

DUQUESA.

Y... ¿con quién ha comido usted?

GERMAN.

Con Filiberto y Bernardo; con Silverio y el Baron.

DUQUESA.

¿Dónde?

GERMAN.

En casa de la Condesa viuda de Torralba.

DUQUESA.

¡Ya!

GERMAN.

¡Celosa! (Besándole la mano.)

DUQUESA.

No, German; son los celos fruta del árbol de la inexperiencia.

GERMAN.

¿De veras?

DUQUESA.

Todavía no he hecho, ni probablemente haré nunca, el sacrificio de mi razon; he atravesado ya los años más peligrosos de la juventud.

GERMAN.

¡Una mujer, toda cálculo!

DUQUESA.

¡Un hombre, todo sombra!

GERMAN.

No es cierto: las gentes así lo aseguran; pero no tienen fundamento ninguno sus invenciones. Vivo bien y sin acreedores, cosa rara en estos tiempos; soy noble y se habla de mi inteligencia con elogio; sé de memoria los peligros de la sociedad, y de ahí, que vaya á donde yo quiero ir y que de allí no pase; todo esto es verdad; pero basta y sobra con esto, para que me censuren los más y me estimen los ménos. Usted, sin embargo, ha encadenado mi voluntad á sus caprichos; por usted he renunciado á los encantos de mi soledad, y el misántropo se ha convertido, por usted, en uno de tantos aturdidos como buscan celebridad y aplausos á fuerza de extravagancias y locuras. ¿He debido hacer más?

DUQUESA.

Mucho terreno ha ganado usted en mi corazon, German, pero no tanto que el cariño me ciegue y me falte la memoria. Usted llegó á Madrid, desconocido y pobre; arrojado de su patria por la violencia de sus opiniones, segun usted mismo referia. El Conde de Torralba abrió á usted las puertas de su palacio, y fueron aquellos salones el teatro de sus primeras aventuras.

GERMAN.

Muerto el Conde, era mi obligacion guardar á la Condesa...

DUQUESA.

Escuche usted, German: por aquel tiempo vivia yo léjos de la sociedad, á todas horas junto al hombre que me levantó á su altura, octogenario achacoso, espíritu varonil dentro de un cuerpo quebrantado por la edad.

GERMAN.

Prosiga usted, Elvira.

DUQUESA.

Viví tranquila de este modo la vida de las resignadas, y sorda al canto de la lisonja, y de mármol á las impaciencias del amor; la Duquesa de Estibiel, en la primavera entónces de sus años juveniles, hermosa, á creer lo que las gentes decian, nombre glorioso en el blason de la nobleza, hoja primera en el libro de los grandes propietarios, la Duquesa de Estibiel supo no dar motivo á la acusacion ni pretexto á la sospecha; es decir, German, que mi marido bajó al sepulcro honrado.

GERMAN.

¿He puesto yo en duda?...

DUQUESA.

No es eso, Conde, no es eso.

GERMAN.

Adelante. (Con piés de plomo, German.)

DUQUESA.

Era por aquellos dias la Condesa de Torralba envidia de mujeres y blanco de libertinos. Hablábase de ella con asombro, se la aplaudia con delirio; se la miraba en fin, German, con esa veneracion supersticiosa del salvaje de los bosques al ídolo de sus templos. Hubo, sin embargo, quien se atrevió á poner las manos sobre aquella imágen, y el nombre del sacrílego, corriendo de boca en boca, llegó hasta mí, más que esposa, pobre hermana de la caridad junto á un anciano moribundo.

GERMAN.

Recuerdo ahora que fué la Condesa objeto de acusaciones, que ha desmentido más tarde su vida solitaria.

DUQUESA.

¡Solitaria!

GERMAN.

¡Juro, Duquesa, sobre esta mano que sujeto entre las mias!...

DUQUESA.

Suelte usted, German. ¿De cuándo acá mi mano es libro de Evangelios!

GERMAN.

¡Elvira!

DUQUESA.

De repente varió de costumbres el proscrito, y de modesto que era, se hizo orgulloso, y de aislado que vivia, se entró de lleno en el laberinto de nuestras costumbres aristocráticas. Trocóse en magnífica la humilde habitacion del emigrado: trenes lujosos, caballos de montar y de carrera, abono en los circos, palco en los teatros, todo lo que constituye, en fin, la importancia y la grandeza del hombre en el siglo diez y nueve, ménos el cocinero; el conde German Strozzi no daba de comer; German Strozzi comia siempre en casa de la Condesa viuda de Torralba.

GERMAN.

Si fuéramos á descorrer el velo que oculta la verdad de la existencia, ¿qué seria del género humano? Y no digo esto por mí, bien lo sabe Dios, Elvira!

DUQUESA.

¿Por quién?

GERMAN.

Por usted.

DUQUESA.

¿Por mí?

GERMAN.

La malicia, la calumnia más de una vez...

DUQUESA.

Expliquémonos, German, que es hora ya de que nos conozcamos mutuamente.

GERMAN.

¿Ignora usted que se ha dicho?...

DUQUESA.

¡Cuándo se ha dicho!...

GERMAN.

¡Elvira!..

DUQUESA.

¡German! ¡German! La hipocresía es más repugnante que el pecado: daré cuenta de mis acciones á mi conciencia y á Dios. Soy libre, vivo á mi manera. Reina dentro de mi casa,

no quiero ser esclava en la sociedad; la amistad de las mujeres me espanta: es un juguete de cristal en las manos de un niño; dura poco. Sé que por esta razon me llaman excéntrica; no me importa, siquiera olviden que mis extravagancias no perjudican á nadie, sino á mí.

ESCENA IV.

GERMAN, DUQUESA, MARTA.

MARTA.

Señora Duquesa...

DUQUESA.

¿Qué es ello?

MARTA.

El teniente cura de la parroquia...

DUQUESA.

Llévale á mi despacho. ¿A estas horas el teniente cura?

ESCENA V.

GERMAN, DUQUESA.

GERMAN.

¿Me quiere usted, Elvira?

DUQUESA.

Cuanto puede amar una mujer toda cálculo, á un hombre todo sombra.

ESCENA VI.

GERMAN.

¿Sabrá que estoy casado? Si no lo sabe, lo sospecha, que es igual. Yo no puedo vivir sin ella. ¡Unica vez que el amor con toda su violencia!... Calma, German; todavia no es tiempo; no destruyas en un instante el edificio levantado á tanta costa; espera. Tome Julia el hábito, que luego... (Sonriéndose.) luego seré

yo el dueño absoluto de su inmenso patrimonio; no han de perderse en una hora tantos años de cálculo y de astucia. Todo para mí: riquezas y libertad: sufra Honoria en el aislamiento de su retiro: primero yo; segundo yo; siempre yo. ¡Elvira no sabrá nunca!... Lo juro... ¡Más que jurarlo!... Me lo prometo á mí. ¡German, German! La Duquesa de Estibiel será tuya, hasta que llegue el dia en que te canses de ella y la abandones. Y cuando el hastío te arroje de la sociedad, y el cuerpo y el alma te pidan sosiego, entónces... Entónces me retiraré á mis tiendas; (Riéndose.) viviré en familia con Honoria, y se sabrá lo que dura un pedazo de tierra bien cuidado. Adelante, German, adelante...

ESCENA VII.

FILIBERTO, GERMAN, BERNARDO.

FILIBERTO.

¡Qué noche! ¡Qué teatro! ¡Qué empresa!

BERNARDO.

¡Qué empresa! ¡Qué noche! ¡Qué teatro!

GERMAN.

¿Pues qué, no ha cantado la Patti?

FILIBERTO.

No.

BERNARDO.

No.

GERMAN.

¿Cómo ha sido eso?

FILIBERTO.

Una enfermedad... ¡Invenciones! ¡Cálculo! ¡El diablo que todo lo enreda!...

GERMAN.

¿Si andará suelto el diablo?

FILIBERTO.

¿Se burla usted, señor Conde?

GERMAN.

¡Dios me libre! ¡Pero toma usted con un calor!...

FILIBERTO.

¡Ya lo creo! ¡Ir allá creyendo... y encontrarse con!... Pero á bien que hemos alborotado de lo lindo. ¡Chicheos, toses, silbidos!

GERMAN.

Ha hecho usted mal.

FILIBERTO.

¿Por qué razon?

BERNARDO.

¿Por qué?

GERMAN.

Las quejas han de ser justas.

FILIBERTO.

¿Y esta no lo es?

GERMAN.

No, señor.

ESCENA VIII.

FILIBERTO, GERMAN, BERNARDO, EL BARON, SILVERIO.

BARON.

¡Victoria completa! ¡Cuatro horas allí encerrados!

GERMAN.

¿Se desechó por fin la proposicion de censura?

BARON.

Por siete votos de mayoría.

GERMAN.

¿Siete votos? ¡Siete son los pecados mortales!

BARON.

Estos siete eran senadores.

GERMAN.

¿Senadores?

BARON.

Sí, diputados senadores; más claro, senadores que toman parte en las votaciones del Congreso.

SILVERIO.

¡A ellos se debe!

BARON.

Y al discurso de mi papá. Como dijo aquello de... «Yo no hago la oposicion á ningun gobierno; he servido á todos los ministerios, ¿qué razon hay, pues, para que á mí se me censure, cuando yo represento aquí la política de todas las situaciones?»

GERMAN.

¡Argumento magnífico!

BARON.

¡Y que produjo un efecto en la asamblea!...

GERMAN.

Ya se vió por el resultado de la votacion.

SILVERIO.

¿Y Elvira?

GERMAN.

En su despacho; en compañía del teniente cura de la parroquia.

FILIBERTO.

¡Un sacerdote... á estas horas fuera de su iglesia!

ESCENA IX.

GERMAN, FILIBERTO, SILVERIO, BERNARDO, EL BARON, UN CRIADO.

CRIADO.

Don Juan de Santillana.

GERMAN.

¿Santillana en Madrid? (Acuden todos á recibirle.)

ESCENA X.

GERMAN, FILIBERTO, SILVERIO, BERNARDO, EL BARON, SANTILLANA.

GERMAN.

¿Usted aquí?

SANTILLANA.

Y en busca de usted, German.

GERMAN.

¿En busca mia?

BARON.

¿Y cuándo se ha llegado?

SANTILLANA.

Hoy.

BARON.

¿Con intencion sin duda de pasar todo el invierno en Madrid?

SANTILLANA.

Con propósito firme de marcharme mañana mismo.

GERMAN.

¿Tan pronto?

SILVERIO.

¿Y sabe la Duquesa?...

SANTILLANA.

¡Pues no! Convidado estoy á la cena.

FILIBERTO.

¡Elvira! (Acude á recibirla y la besa la mano. Saludo general.)

ESCENA XI.

GERMAN, SANTILLANA, FILIBERTO, BERNARDO, EL BARON, ELVIRA, SILVERIO.

GERMAN.

¿Se fué ya el teniente cura de la parroquia?

DUQUESA.

Ya.

SILVERIO.

¿Y qué motivo?

FILIBERTO.

¿Alguna impertinencia?...

DUQUESA.

¡Filiberto! ¡A cualquier hora llega á punto la visita de un sacerdote!

GERMAN.

¿Y la de éste á qué ha venido? ¿Se puede saber?...

DUQUESA.

¿Por qué no? Cerca de aquí, cuatro puertas más abajo de esta casa, levanta otra sus paredes de tierra y de ladrillo, monumento triste de aquel tiempo en que era la corte un lugaron desabrigado y sucio. En ella vive, digo mal, vivia una pobre mujer, que con el trabajo de sus manos ganaba el pan que comia y el que daba á un niño de cinco años, de cabellos rubios como el oro, de ojos azules como el cielo. Habia tomado esta criatura la costumbre de verme subir al coche, porque, como hijo de familia menesterosa, andaba siempre en la calle, y yo la de acariciarle y de socorrer de vez en cuando á su madre desvalida.

SILVERIO.

¡Excelente corazon!

DUQUESA.

Como el de otras muchas, Silverio. Pues bien; la madre de ese niño acaba de espirar, y en los últimos instantes de su vida se ha acordado de su bienhechora. El señor teniente cura, calientes aun los restos de la infeliz, me ha trasmitido su postrera voluntad, y desde hoy su hijo vivirá á mi lado, no se apartará nunca de mí, y deberé á la caridad lo que me negó la eterna Sabiduría.

SANTILLANA.

¡Es usted un ángel, Elvira!

DUQUESA.

No, Santillana; pecadora, y muy pecadora.

FILIBERTO.

¡Pues señor, ha venido Dios á ver al angelito!

DUQUESA.

¡Filiberto!

FILIBERTO.

Mis palabras, Duquesa...

DUQUESA.

No se hable más del asunto.

GERMAN.

Esta buena accion...

DUQUESA.

Quizás es un arranque de vanidad. Gracias, Santillana: pasar toda la noche con nosotros, quien tiene contados los minutos...

SANTILLANA.

¡Elvira!... Mi amistad es antigua...

DUQUESA.

Y verdadera: lo sé, Baron.

BARON.

Duquesa...

DUQUESA.

Dentro de quince dias me acordaré de usted en Lóndres.

BARON.

Con que al fin...

DUQUESA.

Sí; en la noche del domingo emprenderé mi viaje.

FILIBERTO.

¿Sola?

DUQUESA.

¿Quiere usted acompañarme?

SILVERIO.

No creia yo que tan pronto...

DUQUESA.

Una nueva excentricidad para la historia de mi vida. ¿No es cierto, German?

GERMAN.

Sospecho que sí.

DUQUESA.

En la noche del domingo. (Con intencion.)

GERMAN.

¿En la noche del domingo?...

ESCENA XII.

DUQUESA, SILVERIO, GERMAN, SANTILLANA, EL BARON, BERNARDO, FILIBERTO, MARTA.

MARTA.

Una señora vestida con elegancia y cubierta con un velo... (En voz baja á la Duquesa.)

DUQUESA.

¿Te ha dicho su nombre?

MARTA.

Se obstina en callarlo.

DUQUESA.

Que entre.

ESCENA XIII.

DUQUESA, SILVERIO, GERMAN, SANTILLANA, EL BARON, BERNARDO, FILIBERTO.

DUQUESA.

Noche de entrevistas.

FILIBERTO.

¿Otro teniente cura?

DUQUESA.

Sí; pero este tiene faldas.

FILIBERTO.

¿Y el otro no las tenia?

DUQUESA.

Incorregible... Diez minutos nada más: en mi gabinete de toilette hay libros y periódicos. (Los acompaña hasta la puerta que está á la derecha.)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA, HONORIA, MARTA.

MARTA.

Aquella es la señora Duquesa. (Vase.)

ESCENA XV.

DUQUESA, HONORIA.

HONORIA.

¡Duquesa! (Saludando con una profunda reverencia, á que contesta la Duquesa con otra.)

DUQUESA.

Tome usted asiento.

HONORIA.

Gracias. (¡Qué hermosa es!)

DUQUESA. (Ap.)

¿A qué vendrá?

HONORIA.

¿Me conoce usted, Duquesa?

DUQUESA.

No, ni recuerdo...

HONORIA.

Diria quien soy desde luégo, si no temiese que mi nombre fuera á clavarse, como un dardo, en el corazon de la Duquesa de Estibiel.

DUQUESA.

No comprendo, señora...

HONORIA.

La franqueza no está en uso...

DUQUESA.

Si es costumbre el fingimiento, yo rechazo esa costumbre, porque tengo la de no vivir escondida entre las sombras.

HONORIA.

La oscuridad, sin embargo, es en más de una ocasion pena que en silencio se devora. Por eso tanto se respeta la soledad del desgraciado; por eso lastima tanto la hiel que se le brinda, el golpe que se le da, la herida que se le abre. Quien vive en el retiro, compra, Duquesa, el derecho de que nadie le mortifique; y cuando una mirada imprudente penetra en las tinieblas de su rincon y una mano atrevida intenta arrebatarle lo único que conserva, para su felicidad ó su castigo, entónces,

quien á tal extremo llegó, se despoja del sayal humilde que vestia, abre de par en par las puertas de su albergue, levanta su cabeza con orgullo, y de reo se convierte en juez inexorable.

DUQUESA.

¡Sabe Dios que no me explico!... (¿Se habrá vuelto loca esta mujer?... ¡Juez inexorable!...) ¿De quién, señora?

HONORIA.

Mis palabras son duras, lo confieso; pero salen del fondo de mi alma.

DUQUESA.

¿Y se dirigen á mí? (Con altivez.)

HONORIA.

Si son inmerecidas, rechácelas con indignacion la Duquesa viuda de Estibiel; si no, escúchelas con vergüenza la amante del Conde German Strozzi.

DUQUESA. (Ap.)

¡Ah!... ¡Sé quien es!

HONORIA.

¡Calla usted! ¿No quiere usted entrar en explicaciones difíciles, que pudieran ser motivo de un escándalo? (Pausa.) Hace usted mal, Duquesa. La indiferencia muda con que usted me oye, y la mirada fria con que usted me observa, ofuscan mi razon y temo que el insulto, con una mujer de hielo en frente, venga á mis labios á impulsos de la ira, mucho más, cuando al penetrar en este recinto, dejé mi buena opinion en la calle, á merced del primer maldiciente que la encontrara.

DUQUESA.

Señora: fué Job un ejemplo de paciencia; pero, como usted ve, yo tengo más que Job. Fácil me seria por medio de un criado... (Movimiento de Honoria.) No lo haré. ¿Qué lograría con eso? Nada. ¿Qué dirian de mí mañana, cuando se supiera? Mucho.

HONORIA.

No tanto que se olvidaran del abismo que nos separa á las dos.

DUQUESA.

¿Cuál?

HONORIA.

El que media entre costumbres y costumbres.

DUQUESA.

Es verdad.

HONORIA.

Usted vive en el seno de la alegría, yo no. Usted ve desaparecer los últimos encantos de su juventud entre homenages y lisonjas; yo borro los de la mia con mis lágrimas. Usted recorre sin temor las regiones en que se disputan el cetro de la moda pergaminos heredados y riquezas improvisadas; yo me doy por satisfecha con saludar desde léjos esas dos banderas que tremolan la envidia y el orgullo

DUQUESA.

Tambien es verdad.

HONORIA.

Pero como no es suficiente á la mujer que brilla en la córte, el repetido halago de la multitud que va á su encuentro, de ahí que todo se subordina al capricho y á la voluntad; de ahí que se arranque á una familia la tranquilidad de que disfruta, y de ahí que mi sosiego y mi decoro engalanen hoy el carro de la nueva Cleópatra. Créame usted, Duquesa: la separa á usted de mí, ese abismo que media entre costumbres y costumbres.

DUQUESA.

Lo cual no es de ahora, sino de antiguo. Yo recuerdo que los primeros años de mi juventud, fueron para mí un siglo de experiencia. Niña y sin conocer los peligros que entrañaba situacion tan difícil, supe, sola yo, abandonada á mi instinto, al principio de miedo, por conviccion más tarde, conjurar las borrascas en que podia naufragar la honra de mi esposo. Mientras él vivió, sus ojos fueron mi espejo, mi respetuoso cariño su alegría: ni una queja de la jóven turbó la dicha del anciano...

HONORIA.

No me he referido yo...

DUQUESA.

Banderas tremolaban tambien entónces la envidia y el orgullo; saraos y festines conmovian tambien el ánimo de las gentes

bulliciosas, y yo, sin embargo, me contentaba con oir desde léjos la música de sus bailes, con ver desde mis balcones, á traves de los cristales, los pintorescos jaeces de sus caballos. Y eso, señora, que tranquila en mi conciencia, y pura en mis pensamientos, no tenia de qué arrepentirme, porque no habia entregado á ningun hombre el derecho de que con su mirada me sonrojase. (Honoria cambia de color y se apoya en el respaldo de una silla.) No es de ahora, sino de antigno, que nos separe á las dos ese abismo que media entre costumbres y costumbres, Condesa viuda de Torralba.

HONORIA.

¡Duquesa! (Con indignacion.)

DUQUESA.

¿Qué? (Con frialdad.)

HONORIA.

Yo no he venido aquí á reclamar una mercancía; es más legítimo y santo mi derecho.

DUQUESA.

Ignoraba yo que fuera santo un derecho, que se vió brotar del olvido de un deber.

HONORIA.

El Conde German Strozzi es hoy mi marido.

DUQUESA.

El Conde German Strozzi me ha dicho á mí que no.

HONORIA.

Imposible.

DUQUESA.

Verdad.

HONORIA.

Mentira.

DUQUESA.

Perdono la injuria en gracia del sentimiento que la dictó. (Sonriéndose.)

HONORIA.

¡Generosidad estéril, señora! El cariño me puso una venda en los ojos; pero lo presente no me acobarda, ni el porvenir me aterra. Nada me importa la inconstancia del hombre; es poco

lo que he perdido y mucho lo que gano. Hará bien el Conde si pisotea sobre estas alfombras el decoro de su propia mujer; hará bien el Conde si niega, entre los brazos que le sujeten, el nudo que á los dos nos ata; y tan segura estoy, de que no habrá uno que me tache de indiscreta ni me acuse de imprudente, por haber sorprendido secretos del hogar, que daria de buena gana los escasos restos de un amor tan malamente pagado, á trueque de que nos viera aquí, juntas á las dos, el apretado cortejo que en derredor se agrupa de la Duquesa de Estibiel.

DUQUESA.

Ningun trabajo me costaria satisfacer ese capricho; pero no quiero yo que apure usted la copa del infortunio.

HONORIA.

¿Estará aquí? Llega siempre á tiempo un desengaño.

DUQUESA.

Dejemos las cosas tales como son, y no entreguemos á la mordacidad...

HONORIA.

No está. ¡Poca fe tiene usted en la justicia de su causa!...

DUQUESA.

Ya que usted insiste en ello, sea. Filiberto, Baron, Santillana.

ESCENA XVI.

DUQUESA, HONORIA, FILIBERTO, BARON, SANTILLANA, SILVERIO, BERNARDO, GERMAN.

FILIBERTO.

¡Qué sorpresa! ¿Usted aquí? (A Honoria.)

HONORIA.

¡German! (Aparece el Conde German.)

GERMAN.

¡Condesa! (Saludándola con suma frialdad.)

DUQUESA.

German, no ha de ser todo bienandanza en el camino de la vida; de espinas y de zarzas le siembra alguna vez nuestra mala estrella.

FILIBERTO.

¿Tenia yo razon, Bernardo?

BARON.

¡Suceso más extraño! (A Silverio.)

SANTILLANA.

Alerta, Santillana. (Ap.)

DUQUESA.

Aun es tiempo, Condesa. (En voz baja.)

HONORIA.

Adelante.

(Colocacion de los personajes en este momento: Honoria en primer término, á la derecha del espectador: la Duquesa en primer término á la izquierda: en segundo término, un poco al centro, el Conde German: en tercer término, á la izquierda, el Baron y Silverio: en tercer término, á la derecha, Filiberto y Bernardo: en el fondo Santillana.)

DUQUESA.

German, haga usted caso ó no; dé usted importancia ó no se la dé, á lo que voy á decir, es lo cierto que á todos nos maravilla la presencia aquí de la Condesa viuda de Torralba.

GERMAN.

Duquesa...

DUQUESA.

No he concluido... (Pausa: German clava en Honoria una mirada fria y penetrante: Honoria le responde con otra altiva y desdeñosa.) A seguir mi consejo, hubiérase evitado la explicacion de un hecho tan sencillo en la apariencia; pero una voluntad más enérgica, una voluntad de hierro...

HONORIA.

La mia: cansada al fin de misterios, herida en mi decoro, burlada en mis sentimientos y agotada mi paciencia, he querido rasgar, y he rasgado ya, nubes que amontonaba sobre mi cabeza el viento de la ingratitud. No habrá sido la ocasion oportuna; á algunos parecerá violento el medio escogido;

pero desde hoy seré, aquí y fuera de aquí, en el seno de mi familia, acompañada ó sola, en la felicidad ó en la desgracia, la esposa legítima del Conde German Strozzi.

DUQUESA.

Responda usted, señor Conde...

GERMAN.

¿Y qué podré decir yo, cuando todavía no he vuelto de mi asombro? ¡Honoria aquí!... ¡A estas horas! ¡Sola! ¡Arrastrada por un sentimiento inexplicable!...

HONORIA.

¡German!

GERMAN.

¡No es cosa de atribuir á un capricho!... ¡Causa más honda, motivo más poderoso!... ¡Unicamente el extravío momentáneo de la razon!... (Se acerca á Honoria, la agarra de la mano, y se la aprieta.) ¡Imprudente!

HONORIA.

Me ha hecho usted daño. (En voz baja.)

GERMAN.

La mano de la Condesa está ardiendo... La fiebre sin duda...

HONORIA.

¡Ah! Inf... te atrev... ¡Ay!... ¡Ay!... (Honoria vacila; se apoya con una mano en el velador. Filiberto, Bernardo, el Baron, Silverio y la Duquesa se dirigen hácia ella; una mirada altiva de Honoria los detiene á la mitad del camino.) Gracias. Me siento más aliviada, más tranquila; se ha despejado mi cabeza... mis ojos ven lo que ántes no veian... y mis labios recobran su natural sonrisa... Perdone usted, Duquesa. La calentura, segun ha dicho German... ¿No es verdad, Conde? ¡La calentura!... ¡Duéleme en el alma haber turbado una fiesta!... ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!... ¡Cuando se pierde el juicio!... ¡Adentro, lágrimas!... ¡Y no estoy buena todavía!... Siento aquí, aquí...

(Santillana se adelanta al medio de la escena, y dice, tomando el brazo de Honoria.)

SANTILLANA.

El paso libre á la Condesa de Torralba.

ESCENA XVII.

DUQUESA, BARON, GERMAN, SILVERIO, FILIBERTO, BERNARDO.

GERMAN.

¡Aventura más singular!

DUQUESA.

¡German! (Con severidad.)

FILIBERTO.

¡Vivir para ver!

DUQUESA.

Silencio.

ESCENA XVIII.

DUQUESA, BARON, GERMAN, SILVERIO, FILIBERTO, BERNARDO, SANTILLANA.

SANTILLANA.

Señores... ¡Nada hemos oido, nada hemos visto, nada sabemos: lo ocurrido aquí es y será un secreto inviolable!

(Se descorren las cortinas del fondo: gabinete iluminado: una mesa aparejada con lujo: criados de frac y corbata blanca al rededor de la mesa. Todos se precipitan á dar el brazo á la Duquesa.)

DUQUESA.

El brazo, Santillana.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

SANTILLANA, MARTIN, EL JARDINERO.

MARTIN.

No tengas cuidado, Andres; la señora Condesa no te echará de casa. Vuelve á tu faena y á nadie digas...

ESCENA II.

SANTILLANA, MARTIN.

SANTILLANA.

Pero, Martin...

MARTIN.

Bien hecho está lo hecho.

SANTILLANA.

¿Y si la Condesa lo lleva á mal?

MARTIN.

No me importa.

SANTILLANA.

¿Y si el Conde German Strozzi toma por lo serio?

MARTIN.

Me alegraré.

SANTILLANA.

Buena suerte hemos tenido...

MARTIN.

Su hermana de usted es una santa.

SANTILLANA.

¿Y habremos llegado á puerto de salvacion?...

MARTIN.

¿Quién lo duda? A grandes males, grandes remedios.

SANTILLANA.

La Condesa es tan altiva...

MARTIN.

Pero buena en el fondo, y agradecerá el beneficio.

SANTILLANA.

Sin embargo...

MARTIN.

Una madre siempre es madre.

SANTILLANA.

Y yo, Martin, he estado en mi derecho.

MARTIN.

Ya lo creo.

GERVASIA. (Dentro.)

¿Y quiénes son?

MARTIN.

La señora Gervasia. (A Santillana.)

SANTILLANA.

¿Y qué hacemos?

MARTIN.

Esperarla.

SANTILLANA.

¿Y si se alborota y escandaliza?...

MARTIN.

Ya está aqui.

ESCENA III.

SANTILLANA, MARTIN, GERVASIA.

GERVASIA.

Buenos dias, caballeros...

MARTIN.

Buenos los tenga usted, señora Gervasia.

SANTILLANA.

Quiero que se guarde acerca de esto el sigilo más profundo. Nuestra situacion es sumamente delicada, y la menor imprudencia pudiera comprometer el buen éxito de nuestro proyecto. (Se entra por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

GERVASIA, MARTIN.

GERVASIA.

¡Y se entra en la habitacion de la señora Condesa! ¡Hase visto mayor insolencia! De fuera vendrá quien de casa nos echará.

MARTIN.

¿Usted tan buena, señora Gervasia?

GERVASIA.

Y con una gran curiosidad.

MARTIN.

Hable usted.

GERVASIA.

Quisiera que usted me dijese, en virtud de qué derecho...

MARTIN.

En el de la fuerza, que es el único legítimo en estos tiempos que corren.

GERVASIA.

¡Ya!

MARTIN.

¡Pues!

GERVASIA.

Sin embargo; eso de meterse en casa que no es de uno, tiene algo de allanamiento revolucionario, y no estará de más que intervenga en el asunto el señor inspector de policía. (Se dirige á la puerta del foro.)

MARTIN.

¿A dónde va usted?

GERVASIA.

A buscarle.

MARTIN.

Hará usted mal.

GERVASIA.

Hago muy bien.

MARTIN.

Señora Gervasia: es preciso acomodarse á las circunstancias; la vida es una larga cadena de transacciones; hoy por tí y mañana por mí. Ademas, señora Gervasia, cuando se siente frio, lo natural es arrimarse al calor de la chimenea, como haya lumbre en la chimenea, y usted sabe que cuando llueve y truena, ó nos acurrucamos en un rinconcito de la casa, ó nos metemos en un portal mientras dura la borrasca. Así, pues, oiga usted y no murmure, vea usted y no se impaciente, calle usted, en fin, que en ello ganará más de lo que se figura.

GERVASIA.

Ya sé yo que es un gran recurso, señor Martin, eso de oir, ver y callar; pero usted dirá conmigo, que cuando no hay rincon á que guarecerse, ni un mal paraguas que nos preserve del turbion, ni lumbre á que calentarse, es lo ménos peligroso seguir el camino recto del deber y la conciencia.

MARTIN.

Don Juan de Santillana es mozo de pelo en pecho...

GERVASIA.

El Conde German es hombre de plata en mano.

MARTIN.

¡Ya!

GERVASIA.

¡Pues!

MARTIN.

¿Qué edad tiene usted, señora Gervasia?

GERVASIA.

La de usted, señor Martin.

MARTIN.

Y habrá sido usted en sus buenos tiempos...

GERVASIA.

Lo que usted poco más ó ménos.

MARTIN.

Quien se mezcla en cuestiones de familia...

GERVASIA.

Sale casi siempre descalabrado.

MARTIN.

Usted por ejemplo.

GERVASIA.

Haré lo que disponga el señor de Santillana...

MARTIN.

Corriente.

GERVASIA.

¿Y el ungüento?

MARTIN.

¿Qué ungüento?

GERVASIA.

La mosca.

MARTIN.

¿Qué mosca?

GERVASIA.

Bueno será que el señor inspector de policía...

MARTIN.

Gervasia... (Entregándole un billete de Banco.)

GERVASIA.

Esos papeles á lo mejor no son dinero.

MARTIN.

Vaya en gracia. (Dándole un bolsillo.)

GERVASIA.

Venga en buen hora.

MARTIN.

Ni una palabra á la señora Condesa.

GERVASIA.

Ni media.

MARTIN.

Y si preguntare...

GERVASIA.

El silencio ó la mentira por única respuesta.

MARTIN.

Bien.

GERVASIA.

¡Alabado sea Dios! (Santiguándose con el bolsillo.)

MARTIN.

¿Qué edad tiene usted, señora Gervasia?

GERVASIA.

La de usted, señor Martin.

MARTIN.

Un coche... (Se siente el ruido de un coche.)

GERVASIA.

La señora.

MARTIN.

¡Prudencia!

GERVASIA.

La tendré.

MARTIN.

¡Discrecion!

GERVASIA.

No me faltará.

MARTIN.

Adios.

GERVASIA.

Él vaya con usted, señor Martin.

ESCENA V.

GERVASIA, poco despues HONORIA.

GERVASIA.

Todo será para bien de mi señora.

HONORIA.

¡Nadie! (Entregando á Gervasia la mantilla y el abrigo.)

GERVASIA.

¿Se viene de misa?

HONORIA.

Sí.

GERVASIA.

¿De las Calatravas?

HONORIA.

No, de Jesus.

GERVASIA.

¿Allí se venera la Vírgen de la Soledad?

HONORIA.

Sí.

GERVASIA.

¿A estas horas habrá profesado ya la señorita?

HONORIA.

Sí. (Con tono sombrío.)

GERVASIA.

¿Seguirá enfermo el señor Conde?

HONORIA.

No lo sé.

GERVASIA.

Dos dias hace que no ha puesto los piés en esta casa.

HONORIA.

¿Ha venido el cartero?

GERVASIA.

No, señora.

HONORIA.

¡No escribirme (Se sienta.) para disculparse!...

GERVASIA.

¿Espera usted carta de la señorita?

HONORIA.

¡Ah, me avergüenzo de mí!

GERVASIA.

Hoy era el dia señalado para el viaje del señor Conde.

HONORIA.

Es verdad.

GERVASIA.

¿Qué se le habrá perdido en Inglaterra?

HONORIA.

Un capricho.

ESCENA VI.

HONORIA, GERVASIA, UN CRIADO.

CRIADO.

El señor Conde German.

HONORIA.

¡Él! (Levantándose; agitacion suma.)

CRIADO.

¿Quiere V. E. alguna cosa?

HONORIA.

Nada; vete. (Aparece el Conde.)

ESCENA VII.

HONORIA, GERMAN.

GERMAN.

¿Me esperabas, Honoria?

HONORIA.

Sí.

GERMAN.

He cedido á un sentimiento de caridad cristiana. No he querido dejar á Madrid sin verte.

HONORIA.

Lo creo.

GERMAN.

¿Sí?

HONORIA.

Sí.

GERMAN.

¡A no haberlo visto, Honoria!... ¡Una mujer bien nacida, criada en el santo temor de Dios!... La esposa del Conde German Strozzi andar por esas calles á media noche, sola...

HONORIA.

¿Y qué?

GERMAN.

¿Le parece á usted noble y digno?

HONORIA.

Me pareció conveniente y necesario. Era tiempo ya de que la luz de la verdad iluminase la sombras de mi retiro.

GERMAN.

¡La luz de la verdad!... La imprudencia del amor propio.

HONORIA.

Lo que usted quiera, me es igual. Estaba cansada de sufrir. Vi lo que necesitaba para convencerme de que mi pasion fué locura, de que mi credulidad me arrastró á un abismo sin fondo. ¡Inadvertencias de nuestra sociedad! Llega un extranjero, se le pregunta cómo se llama para saber si es Conde; dice que lo es, y se le considera y se le busca; es un Conde proscrito, y se le brinda un puesto á nuestra mesa y se le da una silla en nuestro hogar.

GERMAN.

¡Honoria!

HONORIA.

El Conde nos habla de su régia alcurnia; el proscrito, de sus desgracias; el corazon palpita impresionado bajo esa doble historia de infortunios y grandezas, y da entrada incautamente al sentimiento del amor. De aquí la lucha entre el deber y el ex-

travío. No importa que en esa lucha se haga girones la buena opinion de una familia, la honra de un marido; no importa. El marido es un anciano, y el seductor es un Conde, es un proscrito. ¿No es cierto, German, no es cierto?

GERMAN.

No sé á qué viene semejante recuerdo: te amé y fuí correspondido; te quedaste viuda y no vacilé un instante en reparar por medio del matrimonio...

HONORIA.

¡Desgraciada la mujer que busque de esa manera el perdon y el olvido de su falta! Eso es imposible. No permite Dios que así suceda; no lo permitirá jamas: el crímen no prescribe nunca en la memoria, ni en el corazon de la mujer; yo lo sé por experiencia. No se descansa, no se duerme, no se vive; la honra perdida, ultraje de otra honra en nosotras depositada, es una mancha que no se borra ni con lágrimas de sangre; es un espectro que está siempre á nuestro lado, que nos sigue á todas partes, que va delante de nuestros ojos, severo como un magistrado, frio como la ley, terrible como el verdugo; yo lo sé por experiencia.

GERMAN.

Preocupaciones ridículas de una imaginacion exaltada, amargos frutos de una educacion supersticiosa, tus palabras, Honoria, que consideras tal vez como el grito de la conciencia... (Sonriéndose.)

HONORIA.

¡German! ¡De la conciencia, sí, de la conciencia! Yo la siento aquí, la veo, la oigo... ¿No sabes tú que habla sin lengua, que azota sin látigo, que ahoga sin manos, que hiere y mata sin cuchillo? El mar, la luz, el sol, el trueno y los vendabales, la tierra y el espacio; todo eso, que es legítimo en su grandeza, brillante en su colorido, inmenso en su aplicacion; todo eso, que maravilla y asombra, que asusta á la inteligencia humana, todo eso, German, es nada ante la conciencia, creacion misteriosa, impalpable y visible de la sabiduría de Dios. Yo la siento aquí, la veo, la oigo... Te llegará el turno; la sentirás tambien, hoy, mañana quizás, de seguro en la hora de tu muerte.

GERMAN.

Honoria, peino ya canas y no he salido nunca del terreno práctico de la vida. Te pagué la deuda con mi nombre, te dí la tranquilidad doméstica...

HONORIA.

Pero no tu respeto, ni la consideracion que yo merecia.

GERMAN.

¿Cuándo, cómo, ni dónde?...

HONORIA.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? Me has pisoteado como mujer, me has ofendido como esposa, me has engañado como madre! Y yo te lo he sacrificado todo: mi pensamiento, mi libertad, mi opinion, hasta el más santo, el más augusto de los deberes religiosos. Porque has de saber, German, que una vez sola, despues de casada contigo, he ido al cementerio, y no tuve ánimo para arrodillarme delante de su sepulcro. ¡No te rias! ¡Se levantó de la piedra en que descansaba, y me escupió, sonrojado, en la mejilla! Tú en cambio de todo esto, ¿qué me has dado, German?

GERMAN.

Lo que estaba en mi mano darte, lo que te ofrecí, lo que tú anhelabas, lo que tú querias en la sed de ternura que te devoraba... la felicidad del amor.

HONORIA.

¡Sí, sí; una felicidad que se disfruta entre el desprecio de los vivos y el escarnio de los muertos! ¡Sí; una dicha que me ha impuesto el sacrificio de mi hija!

GERMAN.

¿El sacrificio de tu hija? ¡Insensata! ¿Qué seria de tí, si no hubieras seguido mi consejo? Al corriente Julia de tu pasado, recibiria con indiferencia y despego tus caricias. Las hijas no perdonan nunca extravíos de las madres.

HONORIA.

¿Que no perdonan nunca las hijas?...

GERMAN.

Nunca.

HONORIA.

Julia hará bien si no me perdona. A estas horas habrá pronunciado votos que rechaza su corazon. ¡Votos sacrílegos!... El sacrilegio le he cometido yo, no ella. ¡Julia es inocente! ¡Es pura como las vírgenes! ¡Es santa como los mártires! ¡Vivia sola en la tierra! ¡Abandonada!... ¡Dios la ha recogido! ¡Dios se ha llevado lo que era suyo, y no mio! ¡Ni lágrimas tengo con que llorarla! ¡Cómo he de tener lágrimas, si yo no soy su madre, si yo no he sido nunca su madre!

GERMAN.

Acabemos.

HONORIA.

Sea.

GERMAN.

Yo he venido aquí, no á zaherirte por tu inaudito proceder, ni á dar explicaciones de mi conducta, ni á promover un rompimiento ruidoso; he venido á que fijemos, de comun acuerdo, nuestra situacion en la sociedad. El escándalo reciente no saldrá del sitio en que ocurrió.

HONORIA.

Prosigue.

GERMAN.

Julia ya habrá tomado el velo de religiosa.

HONORIA.

Sí.

GERMAN.

Seria imprudente y ocasionado á hablillas publicar ahora nuestro matrimonio.

HONORIA.

Adelante.

GERMAN.

Saldremos mañana mismo de Madrid...

HONORIA.

No.

GERMAN.

Tú fijarás tu residencia en una capital de provincia.

HONORIA.

He dicho ya que no.

GERMAN.

Lo exijo.

HONORIA.

Es inútil.

GERMAN.

Lo mando.

HONORIA.

¡German!

GERMAN.

Lo mando; soy cabeza de la familia, el único dueño de esta casa.

HONORIA.

¿Tú?

GERMAN.

No hay otro ya. (Sonrisa irónica.)

HONORIA.

¡Ay! En este momento... ¡Qué imbecilidad la mia!

GERMAN.

¡Honoria!

HONORIA.

¡Qué imbecilidad la mia! ¡A haberlo sospechado ántes! ¡La otra noche!... ¡Yo hubiera dicho allí!...

GERMAN.

¿Qué, Honoria? ¿Qué?

HONORIA.

Allí, en presencia de tanto y tanto galan como rodeaba á la Duquesa de Estibiel; allí donde tu lengua iba á desmentirme, donde tus manos me lastimaron; allí te hubiera arrancado yo la careta para escarmiento de egoistas y castigo de aventureros.

GERMAN.

¡Silencio!

HONORIA.

¿Por qué, German? Estamos solos; nadie nos ve, nadie nos oye: nadie sabrá de mi boca que el oro de mi gabeta pagaba la variedad de tus carruajes, la riqueza de tus muebles, el lujo de tu persona; nadie sabrá que ha sido para tí un tesoro escondido el patrimonio de mi hija; que has vivido, que has amado, que

has sido ingrato y cauteloso para convertirte al cabo en ladron de riquezas que no hubieran sido tuyas de otro modo. A nadie puedo decir que el Conde, que el artista, que el proscrito no era un hombre, sino una estatua de barro que compró la Condesa de Torralba, porque la estatua de barro se vendia.

GERMAN.

Usted lo ha querido. Una separacion eterna.

HONORIA.

¡Gracias á Dios!

GERMAN.

No es menester que los tribunales...

HONORIA.

Te equivocas, German; acudiré yo á ellos...

GERMAN.

¿Y qué podrás alegar allí? ¡Desventurada!

HONORIA.

Una razon sin réplica: que nos hemos visto tales como somos, y nos hemos dado mutuamente asco.

ESCENA VIII.

GERMAN, HONORIA, GERVASIA.

GERVASIA.

Esta carta para el señor Conde.

GERMAN. (Leyendo.)

«He cerrado para siempre las puertas de mi casa al Conde »German Strozzi. —Elvira, Duquesa viuda de Estibiel.»

¡Unica vez que el amor!... ¡No importa; seré su sombra! ¡La seguiré á todas partes! Soy rico. (Entrase el Conde en la habitacion de la izquierda; Gervasia en la habitacion de la derecha.)

ESCENA IX.

HONORIA.

¡Todo acabó! ¡Sola! ¡Sola!—¡Justicia de Dios!... Esposa infiel y mala madre, ¿qué debo esperar yo de la humana misericordia?... ¡La indiferencia! ¡El desden! ¡Nunca el olvido! —«Las hijas, me ha dicho, no perdonan extravíos de las madres.»—¡Levantó él sobre mis tormentos el castillo de sus glorias!—¡Puede, si quiere, vender hacienda y derrochar caudales!—¡Julia sepultada en vida por mi criminal flaqueza!—¡En la soledad se duda y se blasfema!—¡Oh!... ¿Qué va á ser de mí?—¡Ah! ¡Mi muerte echa por tierra sus cálculos y sus proyectos! ¡Al salir de aquel gabinete, puede encontrarme allí, tropezar con mi cadáver!

(Aparecen Julia, Santillana, Martin y Gervasia. Julia se adelanta; el ruido llama la atencion de Honoria. Pausa suficiente á que Julia y Honoria se reconozcan sin hablar.)

ESCENA X.

HONORIA, JULIA, SANTILLANA, MARTIN, GERVASIA.

HONORIA.

¡Hija mia! (Se abrazan.)

JULIA.

¡Madre mia!

ESCENA XI.

HONORIA, JULIA, SANTILLANA, MARTIN, GERVASIA, GERMAN, que sale azorado del gabinete con algunos papeles en la mano.

GERMAN.

¿Quién, Honoria?... ¿Quién?

HONORIA.

¡Mi hija! ¡La Condesa de Torralba! ¡Tenia razon Martin! ¡Qué hermosa es!

GERMAN.

¡Solo y pobre!... (Deja caer en tierra el legajo de papeles.)

SANTILLANA.

Señor Conde; un divorcio hará público este matrimonio.

HONORIA.

¿Es verdad, Julia, que las hijas no perdonan á sus madres?

JULIA.

¡Si las hijas han de estar siempre de rodillas en presencia de sus madres!

HONORIA.

¡Ay!

JULIA.

¡Tu bendicion, madre mia! (Arrodillándose.)

HONORIA.

La mia no. ¡La de tu padre, que te la envia desde el fondo de su sepulcro!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 10 de Febrero de 1864.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Azon Vizconti, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La caceria real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galeria reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una virg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.

VENTA EN MADRID:

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 9.

EN PROVINCIAS:

Albacete	Cánovas.
Alcoy	Payá é hijo.
Andújar	Brunet.
Algeciras	Joarizti.
Alicante	Lloret.
Almería	Alvarez.
Aranjuez	Santistéban.
Avila	Gomez.
Bailen	Moreno Sellés.
Badajoz	Coronado.
Baeza	Segura.
Barcelona	Mayol.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cabra	Castilla.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y Compañía.
Ceuta	Bosqui.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Perales.
Ciudad-Real	Acozta.
Coruña	Lago.
Cartagena	Muñoz.
Calatayud	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana	Cañizares.
Ecija	Isla.
Ferrol	Tajonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Uriarte.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo
Huesca	Guillen.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez Aranda.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Casals.
Lugo	Viuda de Pujol y H.º
Lorca	Gomez.
Logroño	Brieba.
Loja	Cano.
Málaga	Laá.
Manila	Olona y Comp.
Mataró	Clavel.
Martos	Armillas.
Murcia	Herds. de Andrion.
Motril	Ballesteros.
Mahon	Vinent.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez.
Oviedo	Martinez.
Osuna	Ariza.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios y Barrena.
Pontevedra	Buceta y Solla.
Puerto de Santa María	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües)	Mestre y Tomás.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Oña.
San Fernando	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife	Savoié.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
Soria	Perez Rioja.
Segovia	Revilla.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Mengort.
San Ildefonso	Alderete.
Tarragona	Font.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Baquedano.
Tudela	Izalzu.
Talavera	Castro (Sanchez.)
Tarazona	Veraton.
Valencia	Garcia.
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vitoria	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú	Creus.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Viuda de Heredia.